CHOPIN EN MALLORCA

Entre las anécdotas recogidas por Andrés Maurois en su biografía de Federico Chopín, se encuentra la que nos hace saber cómo se conocieron el artista polaco y la escritora George Sand. Chopín se complacía en asistir a las tertulias que en los salones románticos de París de 1830 reunían a los poetas, escritores y artistas más prestigiosos. Más que para el público de las salas de los conciertos, le encantaba tocar en la intimidad para estas reducidas selecciones, en las que figuraban Franz Liszt, que alternaba con él en el piano, Meyerbeer, los poetas Enrique Heine y Adam Mickiewiez, el pintor Delacroix y la cantante Paulina Viardot, hija de un artista español.

Parece que era de rigor apagar todas las luces del salón cuando Chopín se sentaba al piano. Solamente los destellos de la leña que ardía en la chimenea, rompía tímidamente las tinieblas. «Los muebles, cubiertos de fundas blancas, escribirá George Sand, tenían el aire de fantasmas atentos». Muy violentas emociones debían sacudir el espíritu de los oyentes, pues al levantarse Chopín del piano y ver encendidas de nuevo las luces, el salón aparecía como un mar de lágrimas.

A una de estas reuniones llevó Liszt a una mujer, vestida con ropas masculinas, que fumaba sin cesar, y escuchaba embelesada las composiciones y las improvisaciones de Chopín; a él no le resultó simpático este primer encuentro con la célebre novelista.

Aurora Dupín, separada de su esposo el varón Dudevant, más conocida por su seudónimo «George Sand», que había adoptado, en homenaje a Jules Sandeau, su maestro y guía en sus primeras actividades literarias; tenía entonces treinta y cuatro años. Estaba aún reciente su definitiva ruptura con el poeta Alfredo de Musset, después de un borrascoso idilio, que tuvo grandes consecuencias literarias, ya que inspiró al poeta sus NUITS y su CONFESSION D'UN ENFANT DU SIECLE, y a la novelista su obra ELLET ET LUI, publicada años más tarde.

Además, pesó singularmente en el ánimo de George Sand, «être de sentiment», por excelencia, como ella misma dice, la enfermedad que prematuramente había de cortar la vida de Chopín, acogiéndole con ternura maternal y propuesta a hacer cuanto pudiera para ayudar a su curación.

Fué necesario, por consejo del médico, trasladarse a algún lugar del Mediterráneo. George Sand escogió la isla de Mallorca. Un día del mes de Noviembre de 1838, partieron de Port Vendres, con destino a Barcelona y Palma de Mallorca, George Sand, sus dos hijos Mauricio y Solange y su hijo adoptivo, «nuestro enfermo», como ella lo llama en el libro que este viaje le hizo escribir: «Un hiver a Majorque».

Sería injusto no reconocer la inmensa generosidad que impulsaba a esta mujer al tomar una determinación heroica. La gran pasión que sintió por Chopín no podía cegarla, hasta el punto de ocultarle el peligro que a ella y a sus hijos les acechara, haciendo vida en común con un tuberculoso.

Después de vencer serias dificultades para encontrar alojamiento, se instalaron en una casa de campo, no lejos de la capital. Al describir esta casa, dice la escritora «que era amplia y saneada». Su nombre mallorquín, SON VENT, parecía aludir, con expresiva ironía, a sus condiciones; la humedad y el frío agravaron sensiblemente el estado del enfermo, y para colmo, en el momento de mayor preocupación para los que rodeaban a Chopín, el propietario de SON VENT, temeroso de posibles contagios, los invitó, con impacientes instancias, a dejar la casa.

«Entonces, dice la escritora, se produjo un milagro: encontramos un asilo para el invierno. Había en la cartuja de Valldemosa un español refugiado, escondido allí no sé por qué motivo político». Este español se disponía a dejar su escondrijo y les cedió su mobiliario. Pudieron alquilar allí tres celdas y se instalaron inmediatamente. «La poesía de esta cartuja me había enloquecido, sigue refiriendo George Sand. En los espaciosos y solitarios claustros, el viento arrastraba ecos lúgubres, con incansable y obsesionante constancia».

En medio de tanta desolación, no dejaba de componer música.

El paisaje humano que rodeaba a los nuevos y singulares huéspedes de la cartuja, no era muy acogedor. Se sabía cuál era la enfermedad que Chopín tenía; se sabía también que su unión con la escritora era irregular; George Sand se paseaba a media noche con sus hijos por el cementerio del convento; los aldeanos de Valldemosa los consideraban como enviados de Satanás. Como primera providencia, se confabularon todos para no venderles alimentos. El enfermo se debilitaba con el aire húmedo y las privaciones.

En medio de tanta desolación, Chopín no dejaba de componer música. En aquella cartuja, fueron concebidas algunas de las mejores páginas de su inmortal creación: los 24 *Preludios,* op. 28; la *Balada,* en *fa,* op. 38; la *Polonesa,* en *do* menor, op. 40, núm. 2; el *Scherzo,* en *do* sostenido menor, op. 39 y algunos estudios. Hay quien afirma que también compuso allí la *Sonata,* op. 35 y dos *Nocturnos,* op. 37.

Consumido por la fiebre, y entre angustiosas alucinaciones, pasaba horas y horas ante su piano, y sus dedos no dejaban de teclear. George Sand y su hijo fueron un día a la ciudad, y a su regreso les sorprendió una tempestad pavorosa; se retrasaron siete horas. Chopín esperaba a los viajeros con creciente inquietud, desvaneciéndose por el agotamiento sobre el piano; en esta situación tuvo una pesadilla; soñó que había caído en un lago; cuando entraron bruscamente la escritora y su hijo, se despertó delirando y con grandes gritos exclamó: «Ya sabía que todos habíais muerto». Al reponerse en su lucidez, habló del sueño que había tenido y tocó una composición. Quiere la leyenda que esta composición sea el Preludio llamado de las gotas de agua.

A principios de Marzo de 1839, Chopín fué llevado de nuevo a Francia. Pasó un corto tiempo en Marsella; más tarde fué acompañado a Génova, y finalmente a Nohant, a la propia casa de su ángel tutelar y siempre bajo sus cuidados.—B. S.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 11/1952.